

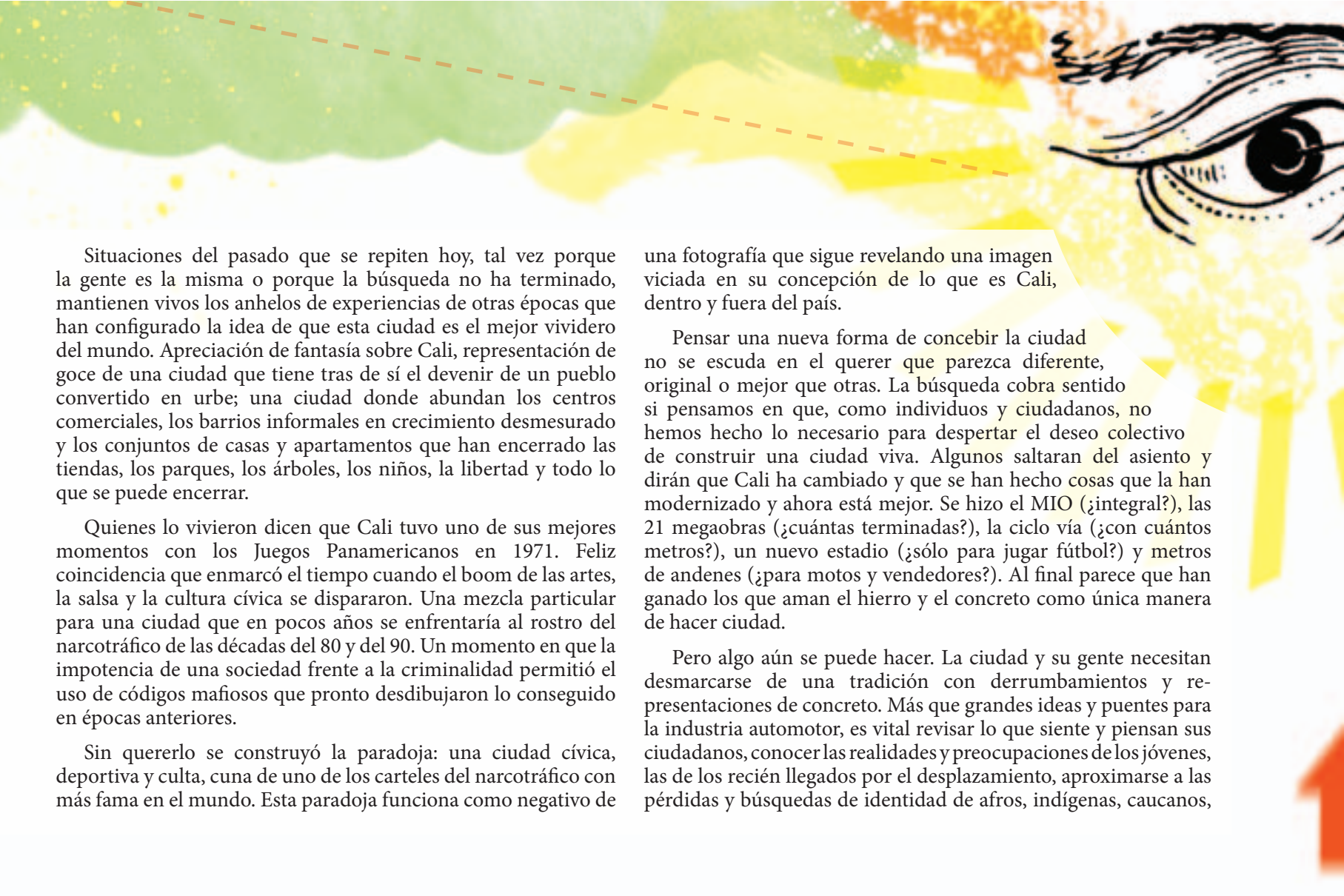
De la representación a la imaginación: visiones de la sucursal del cielo



Una prosa sencilla adorna las letras de canciones que describen a Cali como una ciudad de ensueño en donde “las palmeras se mueven alegres”¹ y “las caleñas son como las flores”². Estos apartes que se tararean a mitad de una conversación en la tienda del barrio, en compañía de unas cervezas y de la brisa refrescante al oeste de Cali, escenifican una postal de esta ciudad y su gente convertida en mito para algunos extranjeros y unos cuantos románticos. Un ideal de ciudad con memoria de bohemia y de poesía.

1 Grupo Niche. “Cali aji” Álbum: Cielo de tambores, 1991.

2 The Latin Brothers. -Las caleñas son como las flores- Álbum: El picotero, 1974



Situaciones del pasado que se repiten hoy, tal vez porque la gente es la misma o porque la búsqueda no ha terminado, mantienen vivos los anhelos de experiencias de otras épocas que han configurado la idea de que esta ciudad es el mejor vivero del mundo. Apreciación de fantasía sobre Cali, representación de goce de una ciudad que tiene tras de sí el devenir de un pueblo convertido en urbe; una ciudad donde abundan los centros comerciales, los barrios informales en crecimiento desmesurado y los conjuntos de casas y apartamentos que han encerrado las tiendas, los parques, los árboles, los niños, la libertad y todo lo que se puede encerrar.

Quienes lo vivieron dicen que Cali tuvo uno de sus mejores momentos con los Juegos Panamericanos en 1971. Feliz coincidencia que enmarcó el tiempo cuando el boom de las artes, la salsa y la cultura cívica se dispararon. Una mezcla particular para una ciudad que en pocos años se enfrentaría al rostro del narcotráfico de las décadas del 80 y del 90. Un momento en que la impotencia de una sociedad frente a la criminalidad permitió el uso de códigos mafiosos que pronto desdibujaron lo conseguido en épocas anteriores.

Sin quererlo se construyó la paradoja: una ciudad cívica, deportiva y culta, cuna de uno de los carteles del narcotráfico con más fama en el mundo. Esta paradoja funciona como negativo de

una fotografía que sigue revelando una imagen viciada en su concepción de lo que es Cali, dentro y fuera del país.

Pensar una nueva forma de concebir la ciudad no se escuda en el querer que parezca diferente, original o mejor que otras. La búsqueda cobra sentido si pensamos en que, como individuos y ciudadanos, no hemos hecho lo necesario para despertar el deseo colectivo de construir una ciudad viva. Algunos saltarán del asiento y dirán que Cali ha cambiado y que se han hecho cosas que la han modernizado y ahora está mejor. Se hizo el MIO (¿integral?), las 21 megaobras (¿cuántas terminadas?), la ciclo vía (¿con cuántos metros?), un nuevo estadio (¿sólo para jugar fútbol?) y metros de andenes (¿para motos y vendedores?). Al final parece que han ganado los que aman el hierro y el concreto como única manera de hacer ciudad.

Pero algo aún se puede hacer. La ciudad y su gente necesitan desmarcarse de una tradición con derrumbamientos y representaciones de concreto. Más que grandes ideas y puentes para la industria automotor, es vital revisar lo que siente y piensan sus ciudadanos, conocer las realidades y preocupaciones de los jóvenes, las de los recién llegados por el desplazamiento, aproximarse a las pérdidas y búsquedas de identidad de afros, indígenas, caucanos,



chocoanos, paisas, nariñenses, ver de cerca las formas de apropiación del espacio público, abrir el pensamiento para aceptar que la formas de contar esta ciudad ahora son múltiples y diversas. Que ese encanto metropolitano de orden y seguridad sólo es un ideal de quien sueña con ojos del pasado.

De este interés por el cambio dan cuenta las más variadas propuestas que las nuevas generaciones de artistas visuales y músicos dan a conocer en escuelas, centros culturales, barrios alejados, bibliotecas y universidades públicas y privadas. Expresiones que ponen de manifiesto el espíritu creativo de jóvenes que cuestionan los símbolos de esa memoria que no se conservó y se plantean nuevas formas de mirar que integran un pasado ejemplar frente a los retos que traen los cambios.

De aquí nace la propuesta de *Ciudad Imaginada*, concebida como una exposición anual apoyada por el Centro Cultural Colombo Americano y la Facultad de Artes Integradas de la Universidad del Valle, desde la cual se procura dar a conocer los imaginarios de ciudad que jóvenes artistas construyen en propuestas donde confluyen y se entrelazan las más variadas perspectivas e interpretaciones de la ciudad. A través de una convocatoria abierta se invita a artistas de diferente procedencia

y formación a mostrar su “ciudad imaginada”, esa que surge a partir de sus experiencias, opiniones, deseos y reflexiones.

Con la idea de la exposición “colectiva” se busca ampliar el espectro de lecturas, potencializando el acercamiento a los argumentos planteados histórica y convencionalmente sobre lo que es Cali. En las versiones del 2009 y 2010, la fotografía, el video, la instalación, la intervención espacial, el performance y hasta el Grafiti fueron algunos de los medios formales utilizados para expresar ideas y críticas que evidencian la diversidad y movilidad que tiene el arte local. En el 2011 **Ciudad Imaginada** tendrá lugar del 11 al 31 de Noviembre y contará con la participación de cinco artistas universitarios, tres artistas jóvenes invitados, dos curadores y una comunidad, quienes cuestionan el papel del arte como forma de reinterpretar la ciudad.

John Henry Ordoñez es dibujante y profesor, licenciado en Artes Visuales y Estudiante de Maestría en Sociología de la Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Adriana Castellanos es licenciada en Artes Visuales y Estudiante de Maestría en historia del arte en la Escuela de Altos Estudios Sociales, Buenos Aires, Argentina